

Alexandr Pushkin

La hija del capitán



Piotr Andréyevich llega con su fiel criado Savélich a la fortaleza Belogórskaya. Allí se enamora de María Ivánovna, la hija del capitán. Por culpa de la interpretación de un poema, Piotr se bate en duelo con Alexéi Ivánich Shvabrin, del que sale mal parado. Ante la amenaza de la posible incursión de Pugachov, la fortaleza se prepara militarmente, tras el asalto, Piotr se libra por suerte de la horca y Pugachov queda en la fortaleza. El joven Andréyevich recibe un aviso de ir a servir militarmente a Oremburgo. Una vez allí se entera de que María ha sido hecha prisionera y van a obligarla a casarse con Shvabrin. Piotr va a liberarla. Después le juzgarán por abandonar su puesto y apoyar supuestamente al traidor. En el final, moderadamente feliz, interviene la hija del capitán ante la propia emperatriz.

CAPITULO I

El sargento de la guardia

*Si perteneciera a la guardia, pronto sería capitán.
«Pero no ha de ser así; no serviré en el ejército».
No es difícil imaginar las penalidades que me esperan.*

.....

—¿Y de quién es hijo?

KNIAZHMIN^[1]

Mi padre, Andréi Petróvich Grinióv, de joven sirvió con el conde Münich y se jubiló en el año 17... con el grado de teniente coronel. Desde entonces vivió en su aldea de la provincia de Simbirsk, donde se casó con la joven Avdotia Vasílevna, hija de un indigente noble de aquella región. Tuviron nueve hijos. Todos mis hermanos murieron de pequeños. Me inscribieron de sargento en el regimiento Semionovski gracias al teniente de la guardia, el príncipe B., pariente cercano nuestro, pero disfruté de permiso hasta el fin de mis estudios. En aquellos tiempos no nos educaban como ahora. A los cinco años fui confiado a Savélich, nues-

tro caballerizo, al que hicieron *díadka*^[2] mío porque era abstemio. Bajo su tutela hacia los doce años aprendí a leer y escribir en ruso y a apreciar, muy bien instruido sobre ello, las cualidades de un lebrel, Entonces mi padre contrató para mí a un francés, *monsieur* Beaupré, que fue traído de Moscú con la provisión anual de vino y de aceite de girasol. Su llegada no gustó nada a Savélich. «Gracias a Dios —gruñía éste para sus adentros—, parece que el niño está limpio, peinado y bien alimentado. ¿Para qué gastar dinero y traer a un *moussié*^[2a], como si los señores no tuvieran bastante gente suya?».

En su patria Beaupré había sido peluquero. Luego fue soldado en Prusia y después llegó a Rusia *pour être* «*Outchitel*»^[3], pero sin comprender bien el significado de esta palabra. Era un buen hombre, aunque frívolo y ligero de cascos en extremo. Su debilidad principal era su pasión por el bello sexo; no pocas veces sus efusiones le valían golpes que le hacían quejarse días enteros. Además, no era (según su propia expresión) «enemigo de la botella», es decir (hablando en ruso), le gustaba beber más de la cuenta. Pero, en vista de que en casa el vino se servía sólo en la comida y no más de una copa, y generalmente se olvidaban del preceptor, mi Beaupré no tardó en acostumbrarse al licor ruso, y hasta llegó a preferirlo a los vinos de su país, por ser aquél mucho más sano para el estómago. En seguida hicimos buenas migas y, aunque según el contrato tenía que enseñarme «francés, alemán y todas las ciencias», prefirió que yo le enseñara a chapurrear el ruso y luego cada uno se dedicó a sus cosas. Vivíamos en amor y compañía. Yo no deseaba otro mentor. Pero pronto nos separó el destino, y fue por lo siguiente: Un día la lavandera Palashka, una moza gorda y picada de viruelas, y Akulka, la tuerta que cuidaba de las vacas, se pusieron de acuerdo y se arrojaron a los pies de mi madre confesando su vergonzosa debilidad y quejándose entre sollozos del *moussié*, que había abusado

de su inocencia. A mi madre no le gustaban esas cosas, por lo que se quejó a mi padre. Él hacía justicia rápidamente. En seguida mandó llamar al granuja francés. Le dijeron que *moussié* estaba dándome una clase. Entonces mi padre se dirigió a mi habitación. A todo esto, Beaupré estaba durmiendo en la cama con el sueño de la inocencia. Yo estaba muy ocupado. Es de saber que habían adquirido para mí, en Moscú, un mapa geográfico. Estaba colgado en la pared sin ninguna utilidad y hacía tiempo que me tentaba con su tamaño y buena calidad del papel. Decidí fabricar una cometa y, aprovechando el sueño de Beaupré, puse manos a la obra. Mi padre entró precisamente en el momento en que yo estaba pegando una cola de estropajo al cabo de Buena Esperanza. Al ver mis ejercicios de geografía, mi padre me tiró de una oreja; luego se acercó corriendo a Beaupré, le despertó con bastante poco miramiento y le reprochó su descuido. Beaupré, confundido, quiso incorporarse, pero no pudo; el pobre francés estaba completamente borracho. Era demasiado. Mi padre le levantó de la cama por las solapas, le echó de la habitación a empujones y aquel mismo día le despidió, con gran satisfacción de Savélich. Así terminó mi educación.

Yo hacía vida de niño, persiguiendo las palomas y jugando al paso con los hijos de nuestros criados. Entre tanto cumplí dieciséis años, y entonces cambió mi destino.

Un día de otoño mi madre estaba haciendo dulce de miel en el comedor y yo, relamiéndome, miraba la espuma que se levantaba. Mi padre, junto a la ventana, leía el «Almanaque de la Corte», que recibía todos los años. Este libro ejercía sobre él una gran influencia; nunca lo leía sin un interés especial y su lectura le producía un fuerte acceso de bilis. Mi madre, que conocía de memoria sus manías y costumbres, siempre trataba de meter el desdichado libro lo más lejos posible y, gracias a ello, a veces el «Almanaque de la Corte» no caía en sus manos durante meses enteros.

Pero, cuando, por casualidad, lo encontraba, ya no lo soltaba durante horas y horas.

Como decía, mi padre estaba leyendo el «Almanaque de la Corte» encogiéndose de hombros de vez en cuando y repitiendo a media voz: «¡Teniente general! ¡Era sargento en mi compañía!... ¡Caballero de ambas órdenes rusas!... Parece que fue ayer cuando nosotros dos...». Por fin mi padre tiró el «Almanaque» al sofá y se quedó absorto en un pensamiento profundo que no presagiaba nada bueno.

De pronto se dirigió a mi madre:

—Avdotia Vasílevna, ¿cuántos años tiene Petrusha?

—Ya ha cumplido dieciséis —contestó mi madre—. Petrusha nació el mismo año en que la tía Nastasia Guerásimovna se quedó tuerta y, además...

—Bueno —interrumpió mi padre—, ya es hora de que empiece su servicio. Ya está bien de correr por los cuartos de las criadas y de subirse a los palomares.

La idea de una próxima separación sorprendió tanto a mi madre, que dejó caer la cuchara en la cacerola y le corrieron lágrimas por la cara. En cambio, sería difícil describir mi entusiasmo. La idea del servicio iba unida para mí a la idea de la libertad y de los placeres de la vida de Petersburgo. Ya me veía oficial de la guardia, lo cual me parecía el máximo de la felicidad humana.

A mi padre no le gustaba cambiar de intención ni aplazar su cumplimiento. Quedó decidido el día de mi partida. La víspera, mi padre anunció que pensaba darme una carta para mi futuro jefe y pidió papel y pluma.

—No te olvides, Andréi Petróvich —dijo mi madre— de saludar de mi parte al príncipe B., y dile que no deje a Petrusha sin protección.

—¡Qué tontería! —contestó mi padre frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué crees que voy a escribir al príncipe B?

—¿No habías dicho que ibas a escribir al jefe de Petrusha?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que el jefe de Petrusha es el príncipe B: Petrusha está inscrito en el regimiento Semionovski.

—¡Está inscrito! ¿Y qué me importa que esté inscrito? Petrusha no irá a Petersburgo. ¿Qué puede aprender sirviendo en Petersburgo? A gastar dinero y a divertirse. No, que sirva en el ejército, que sepa lo que es el trabajo, que huela a pólvora y sea un soldado y no un tunante^[3a] ¡inscrito en la guardia! ¿Dónde está su pasaporte? Tráemelo.

Mi madre buscó mi pasaporte, que tenía guardado en una caja junto a la camisa con que me había bautizado, y se lo dio a mi padre con mano temblorosa. Mi padre lo leyó detenidamente, lo puso en la mesa y empezó la carta.

La curiosidad me devoraba. ¿Adónde me mandaría, si no era a Petersburgo? No quitaba el ojo de la pluma de mi padre, que se movía, para mi desesperación, con bastante lentitud. Por fin la terminó, metió la carta en un sobre con el pasaporte, cerró éste, quitóse los anteojos, me llamó y me dijo:

—Aquí tienes una carta para Andréi Kárlovich, mi viejo amigo y camarada. Vas a Oremburgo a servir a sus órdenes.

¡Todas mis brillantes esperanzas se derrumbaban! En lugar de la alegre vida de Petersburgo, me esperaba el aburrimiento en una región remota y oscura. El servicio, que hacía un minuto había despertado mi entusiasmo, ahora me parecía una verdadera desgracia. ¡Pero no había nada que hacer! A la mañana siguiente trajeron a la puerta de casa una *kibitka*^[4] de viaje y colocaron en ella una maleta, un pequeño baúl, en el que se introdujo todo lo que hacía falta para el té, y varios bultos con bollos y empanadillas, últimas muestras de los mimos caseros. Mis padres me bendijeron. Mi padre me dijo:

—Adiós, Piotr. Sé fiel al que hayas jurado fidelidad; obedece a tus superiores; no persigas sus favores; no busques trabajo, pero no lo rehúyas tampoco, y recuerda el prover-

bio: «Cuida la ropa cuando está nueva y el honor desde joven».

Mi madre, entre lágrimas, me pedía que cuidara mi salud y ordenaba a Savélich que vigilara al niño. Me pusieron un *tulup*^[5] de conejo y encima un abrigo de piel de zorro. Emprendimos el camino, yo sentado en la *kibitkí* junto a Savélich y llorando amargamente.

Aquella misma noche llegué a Simbirsk, donde pensaba pasar un día para comprar varias cosas, tarea que encargué a Savélich. Me instalé en una hostería. Desde por la mañana, Savélich se fue de compras. Aburrido de mirar por la ventana a una callejuela sucia, me dediqué a recorrer todas las habitaciones. Al entrar en la sala de billar, vi a un señor alto, de unos treinta y cinco años, con un largo bigote negro, en bata, con el taco en una mano y una pipa entre los dientes. Estaba jugando con el mozo, que al ganar se tomaba una copa de vodka y al perder se metía a cuatro patas debajo de la mesa. Me puse a observar el juego. A medida que proseguía, los paseos a cuatro patas iban siendo más frecuentes, hasta que por fin el mozo se quedó debajo de la mesa. El señor pronunció varias palabras fuertes a modo de oración fúnebre y me propuso jugar una partida. Rehusé diciendo que no sabía. Por lo visto, esto le pareció extraño. Me miró con cierta lástima, pero nos pusimos a hablar. Me enteré de que se llamaba Iván Ivánovich Surin, que era capitán del regimiento de húsares, que se encontraba en Simbirsk reclutando soldados y que vivía en la hostería. Surin me invitó a comer con él lo que hubiera, como soldados. Accedí con gusto. Nos sentarnos a la mesa. Surin bebía mucho y me hacía beber diciendo que había que acostumbrarse al servicio, me contaba anécdotas militares que me hacían retorcer de risa, y cuando nos levantarnos de la mesa éramos ya muy amigos. Entonces se ofreció a enseñarme a jugar al billar.

—Es indispensable —me dijo— para los que somos militares. Por ejemplo, llegas en una marcha a un pueblecito.

¿Qué vas a hacer? No va a ser todo pegar a los judíos. Quieras que no, tienes que ir a una hostería a jugar al billar; y para eso hay que saber hacerlo.

Yo quedé completamente convencido y me dediqué al aprendizaje con gran aplicación. Surin me animaba con voz fuerte; se sorprendía de mis rápidos progresos y al cabo de varias lecciones me propuso que jugáramos dinero, no más de un *grosh*^[6], no por ganar, sino sólo por no jugar de balde, lo cual, según él, era una de las peores costumbres. También accedí a ello, y Surin pidió ponche y me convenció de que lo probara, repitiendo que había que acostumbrarse al servicio y que sin ponche no hay servicio. Le hice caso. Entre tanto, nuestro juego seguía adelante. Cuanto más sorbía de mi vaso, más valiente me sentía. A cada instante las bolas volaban por encima del borde de la mesa; yo me acaloraba, reñía al mozo, que contaba según le parecía, constantemente subía la apuesta...; en una palabra, me portaba como un chiquillo recién liberado de la tutela familiar. El tiempo pasó sin que me diera cuenta. Surin miró el reloj, dejó el taco y me anunció que yo había perdido cien rublos. Esto me azoró un poco: mi dinero lo guardaba Savélich. Empecé a disculparme, pero Surin me interrumpió:

—¡Por favor! No te preocupes. No me corre ninguna prisa, y mientras tanto vamos a ver a Arinushka.

¿Qué iba a hacer? El final del día fue tan indecoroso como el principio. Cenamos en casa de Arinushka. Surin me servía vino constantemente, repitiendo que había que acostumbrarse al servicio. Al levantarme de la mesa, apenas podía tenerme en pie. A media noche Surin me llevó a la hostería.

Savélich nos recibió en la puerta y se quedó boquiabierto al ver las inequívocas señales de mi celo por el servicio.

—¿Qué te ha pasado, señor? —preguntó con voz acongojada—. ¿Dónde te has puesto así? ¡Dios mío de mi vida, nunca te había pasado nada igual!

—¡Cállate, viejo chocho! —pronuncié con dificultad—. Estarás borracho; vete a la cama... y acuéstame.

Al día siguiente me desperté con dolor de cabeza, recordando vagamente las peripecias del día anterior. Mis pensamientos fueron interrumpidos por Savélich, quien entró en mi habitación con una taza de té.

—Pronto empiezas, Piotr Andréyevich —dijo moviendo la cabeza—, pronto empiezas a divertirte. ¿A quién habrás salido? Ni tu padre ni tu abuelo han sido unos borrachos; de tu madre no hay ni que hablar: en su vida no ha probado otra cosa que *kvas*^[7]. ¿Y quién tiene la culpa? El maldito *moussié*. No hacía más que ir a ver a Anripievna: *Madame je vous prie, vodka*^[8]. ¡Ahí tienes el *je vous prie*! ¡Mucho bien te ha hecho el hijo de perra! Y todo por hacer de preceptor a ese descreído, ¡como si el señor no tuviera bastante gente suya!

Me sentía avergonzado. Me volví de espaldas y dijo a Savélich:

—Vete; no quiero té.

Pero no era fácil parar a Savélich cuando se ponía a sermonear.

—Ya ves, Piotr Andréyevich, ya ves lo que es la bebida. Te pesa la cabeza, no puedes comer. Un hombre que bebe no sirve para nada... Toma salmuera de pepino con miel, y lo mejor para despejarte es una copita de licor. ¿Quieres que te lo sirva?

En aquel momento entró un chico y me dio una carta de Surin. La abrí y leí lo siguiente:

Querido Piotr Andréyevich, ten la amabilidad de mandarme con este chico los cien rublos que me debes desde ayer. Me hace mucha falta ese dinero.

Queda a tu disposición.

IVÁN SURIN

No había nada que hacer. Adopté una actitud indiferente y, dirigiéndome a Savélich, quien era «guardián de mi dinero, mi ropa y todos mis asuntos», le ordené que diera al chico cien rublos.

—¿Cómo? ¿Para qué? —preguntó sorprendido Savélich.

—Se los debo —contesté con toda la frialdad posible.

—¡Se los debes! —repuso Savélich, cada vez más sorprendido—. ¿Y cuándo has podido dejárselos a deber? Aquí hay algo que no está claro. Digas lo que digas, no pienso dárselo.

Pensé que si en aquel momento decisivo no llegaba a dominar al obstinado viejo, en el futuro me sería muy difícil liberarme de su tutela; por lo que, mirándole con arrogancia, le dije:

—Soy tu señor y tú eres mi criado. El dinero es mío. Lo he perdido porque me ha dado la gana. Haz el favor de no ser impertinente y cumple lo que te mandan.

Savélich quedó tan perplejo al oír mis palabras, que se limitó a sacudir las manos mirándome fijamente.

—¿A qué esperas? —grité enfadado.

Savélich se echó a llorar.

—Hijo mío, Piotr Andréyevich —pronunció con voz temblorosa—, no me hagas morir del disgusto. Haz caso del viejo: escribe a ese bandido y dile que todo fue una broma, que nunca hemos tenido ese dinero. ¡Cien rublos! ¡Dios misericordioso! Dile que tus padres te han prohibido jugar a todo lo que no sea a las nueces.

—Cállate de una vez —le interrumpí severamente— dame ahora mismo el dinero o te echo a la calle.

Savélich me miró con gran tristeza y fue en busca de mi deuda. Me daba pena el pobre viejo, pero quería liberarme y demostrar que ya no era un niño. Mandamos el dinero a Surin. Savélich se apresuró a sacarme de la dichosa hostería. Volvió con la noticia de que los caballos ya estaban preparados. Con la conciencia intranquila y un mudo arrepenti-

miento salí de Simbirsk sin haberme despedido de mi maestro y seguro de no volver a verle.

CAPITULO II

El guía

*Tierra nueva, patria mía.
Pequeño rincón desconocido.
Ignoro como he llegado hasta ti.
En este mal caballo que tengo.
Mi arrojó y mi juventud.
Y el vino que he bebido
me han traído, sin duda hasta aquí.*

(Canción antigua).

Durante el viaje mis pensamientos no fueron agradables. El dinero perdido era bastante considerable en aquel tiempo. No podía dejar de reconocer que mi comportamiento en la hostería de Simbirsk fue estúpido y me sentía culpable ante Savélich. Todo esto me atormentaba. El viejo iba sentado en el pescante volviéndome la espalda, callado, suspirando de vez en cuando. Quería hacer las paces con él cuanto antes, pero no sabía cómo empezar. Al fin le dije:

—Ya está bien, Savélich; hagamos las paces; ya sé que tengo la culpa. Ayer me porté mal y te ofendí sin razón. Te prometo que en adelante seré más sensato y te obedeceré, No te enfades, hagamos las paces.

—¡Ay, Piotr Andréyevich! —respondió con un hondo suspiro—. Estoy enfadado conmigo mismo: yo tengo la culpa de todo. ¿Qué iba a hacer? El diablo me confundió: se me ocurrió ir a casa de la mujer del sacristán a ver a mi comadre. Por algo dicen: «En casa de la comadre, como en la cárcel». ¡Qué desgracia! ¿Qué dirán los señores? ¿Qué dirán, cuando sepan que el niño se ha dado a la bebida y al juego?

Para consolar al pobre Savélich le di palabra de no volver a disponer de mi dinero sin su permiso. Poco a poco se fue calmando, aunque de tarde en tarde gruñía moviendo la cabeza:

—¡Cien rublos! ¡Se dice pronto!

Me acercaba al lugar de mi destino. A mi alrededor se extendían sombríos desiertos surcados por montes y barrancos. Todo estaba cubierto de nieve. Se ponía el sol. Nuestra *kibitkcí* avanzaba por un camino estrecho, o más bien por unas huellas que habían dejado los trineos de los campesinos. De pronto el cochero se puso a mirar a un lado y por fin, quitándose el gorro, se volvió hacia mí y dijo:

—Señor, ¿no quiere que volvamos?

—¿Y eso por qué?

—El tiempo está revuelto, se está levantando viento; mire qué remolino hace la nieve.

—Eso no es nada.

—¿No ve lo que hay allí?

El cochero señaló con el látigo hacia el este.

—No veo nada más que la estepa blanca y el cielo azul.

—Más allá; mire esa nube.

Efectivamente en el límite mismo del horizonte vi un punto blanco que había tomado por un monte lejano. El cochero me explicó que la nubecilla presagiaba una gran tormenta.

Ya había oído hablar de las tormentas de aquellas tierras y sabía que a veces la nieve dejaba sepultadas a caravanas enteras. Savélich, de acuerdo con el cochero, insistía en

que volviéramos. Pero el viento no me pareció fuerte; esperaba llegar a tiempo a la próxima estación y mandé al cochero que acelera la marcha.

El cochero puso los caballos a galope, pero no dejaba de mirar al este. Los caballos iban a buena marcha. Entretanto, el viento iba siendo más fuerte por momentos. La nubecilla se había convertido en una nube blanca que se levantaba lentamente y crecía hasta cubrir poco a poco todo el cielo. Empezó a caer una nieve menuda, y de repente cayeron grandes copos. Aullaba el viento; había empezado la tormenta. En un instante, el cielo se juntó con el mar de nieve. Todo desapareció.

—¡Señor! —gritó el cochero ¡Estamos perdidos! ¡La tormenta!

Me asomé a la ventanilla de la *kibitkcí* todo era oscuridad y remolinos. El viento aullaba con una expresión tan feroz, que parecía un ser vivo; la nieve nos cubría a Savélich y a mí; los caballos se pusieron al paso y luego se pararon.

—¿Por qué no sigues? —preguntó impaciente al cochero.

—¿Y para qué quiere que siga? —respondió bajando del pescante—. No sé ni dónde estamos; no hay camino, todo está oscuro.

Me puse a reñirle, pero Savélich le defendió:

—Todo ha sido por no hacernos caso —decía malhumorado—. Ya estaba en la posada, habrías tomado té y dormido hasta mañana; la tormenta se habría calmado y podríamos seguir adelante. ¿Qué prisa tenemos? Ni que fuéramos a una boda.

Savélich tenía razón. No había nada que hacer. La nieve caía sin parar junto a la *kibitkcí* había ya un montón. Los caballos estaban con las cabezas gachas, estremeciéndose de vez en cuando. El cochero daba vueltas alrededor de la *kibitkcí*, arreglando los arneses por hacer algo. Savélich gruñía. Y yo miraba a todas partes tratando de descubrir algu-